

LA REALIDAD AFECTIVA SENTIMIENTOS Y FELICIDAD EN EL FUTURO

Ya existen nuevas formas de amar, de relacionarnos. Y esas incipientes maneras de sentir, se vislumbran en un futuro donde el ser humano pueda ejercer con libertad los afectos y todo aquello que lo haga vibrar, sin presiones ni prejuicios.

Claudia Torre

Es Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente, es docente e investigadora en la Universidad Nacional de Hurlingham, donde dirige la carrera de Letras y se desempeña como Jefa de redacción de *La Perla del Oeste* desde su origen.

I.

“En Cloe, gran ciudad, las personas que pasan por las calles no se conocen. Al verse imaginan mil cosas una de la otra, los encuentros que podrían ocurrir entre ellas, las conversaciones, las sorpresas, las caricias, los mordiscos. Pero nadie saluda a nadie, las miradas se cruzan un segundo y después huyen, buscan otras miradas, no se detienen”.¹

Así imagina el escritor italiano Italo Calvino, una de sus ciudades invisibles: la ciudad de Cloe es un lugar donde el eros que ocurre, en realidad no ocurre, está por ocurrir, está más allá del presente: está en el futuro. Las emociones, los deseos y las fantasías eróticas existen pero desplazadas a un tiempo que está por venir, un futuro de amor y sexo y goce. Por ejemplo, pasan los personajes y el narrador, -que es Marco Polo, el gran viajero del reino a quien el Gran Khan escucha con atención-, nos dice: “Algo corre entre ellos, un intercambio de miradas como líneas que unen una figura a la otra y dibujan flechas, estrellas, triángulos, hasta que todas las combinaciones en un instante se agotan. Así, entre quienes por casualidad se juntan [...] se consuman encuentros, seducciones, abrazos, orgías, sin cambiar una palabra, sin rozarse con un dedo, casi sin alzar los ojos”.

1. Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, Minotauro, Buenos Aires, 1984.



II.

La imaginación del futuro es siempre interpelante. Y cuánto más, cuando se trata de pensar cómo será el mundo de la afectividad en el futuro: el futuro afectivo. Vienen fantasías apocalípticas y melancolías pegajosas. Nada es seguro y al mismo tiempo medimos el tamaño de nuestra esperanza.

En el presente hablamos de giros: el giro subjetivo, el giro afectivo, el giro autobiográfico y yo agregaría (si es que no está dicho ya) el giro religioso. Esto lo hacemos para poder pensar desde la cultura, cómo funcionan las cosas y cómo se van delineando las vidas de las personas a través de los tiempos.

Concentrémonos en el “giro afectivo” que –desde los noventa–, corresponde a una serie de reflexiones académicas que pusieron un interés renovado por estudiar el rol de los afectos y las emociones, en el ámbito de la vida pública y su impacto en la continuidad de las estructuras de poder que organizan las relaciones sociales. ¿Por qué ponemos nuestros sentimientos en el centro de la vida cotidiana?, ¿los valoramos para hacer política o para separarlos de la política? Los afectos del mundo de lo privado nos protegen de la vida pública. Pero a pesar de todo, no parece posible separar las cosas de esa manera. Los seres amados son privados y públicos. Nuestra intimidad vive a la intemperie.

¿Cuáles son los debates públicos en torno a la relevancia política de los afectos y las emociones? La verdad es que, como señala Nicolás Cuello, las teorías del género y de los estudios *queer* posibilitaron un análisis crítico de una dimensión de la vida social que estaba relegada a la esfera de las políticas culturales o del mundo privado, exhibido o no en las redes y en los medios.



III.

¿Cuál es el futuro del amor? ¿Cómo será la afectividad futura? Quienes procuran pensar sobre el amor nos traen sus reflexiones. Así, Alexandra Kohan habla del amor como un no lugar, un lugar imposible puesto que en el amor todo va a pérdida, todo se construye a partir de una idea de futuro, –a pesar de que las series de Netflix nos digan todo lo contrario, a pesar de que nos enseñan cómo vivir políticamente la vida cotidiana, cómo amar y vivir el sexo, cómo entender cada cosa para poder sentir, o mejor dicho para poder sentir-se bien–. En realidad, se trata de sentirnos bien y sin embargo resulta confuso, porque el amor implica siempre a otro. Por eso, en el cuento de Calvino, “las personas que pasan por la calle no se conocen” y “al verse imaginan mil cosas”. Esa imaginación del otro ocurre con el encuentro de los cuerpos deseantes.

En su ensayo sobre el amor, Alexandra Kohan explica también otro punto bien interesante. Esto es cuando se refiere a los cuidados de la salud o, más específicamente, al paradigma sanitarista. “El paradigma medicalizador de la vida supone un ideal de asepsia, un ideal de purificación que garantiza la expulsión de lo tóxico” y avanza describiéndolo como “un microfascismo que se ha derramado sobre la vigilancia de las vidas afectivas y es ejecutado en nombre de la libertad”²

De acuerdo a esta perspectiva imaginamos, por un lado, un amor puro y perfecto, por el otro, las llamadas toxicidades del mundo contemporáneo. El amor puro asediado por ellas, sucumbe. A futuro creemos que podemos y debemos llegar a una pureza del amor, o por lo menos a un amor mejor.

Sin embargo, el amor se transforma y se redefine con toxicidades múltiples: celos, maltratos unilaterales, desconfianzas que entretejen las historias. Las feministas (que siempre se interesaron por este tipo de cosas –antes consideradas menores o privadas–) nos han enseñado mucho sobre eso, puesto que nos han hablado de las “libertades afectivas”. Solo cuando comprendemos el deseo enfermizo de posesión que hace que un chico le pegue a una chica o la cele, podemos entender un funcionamiento del amor que no es el que nos habían enseñado: por eso rechazamos esa escena: *si te pega no es amor* rezan los *graffitis*.

Tardamos muchos años en entender esto. Y aún no estamos seguros de entender porque el deseo de poseer al otro, de que el otro te califique como pertenencia o botín y solo nos ame a nosotros, rigió durante veintiún siglos.

2. Alexandra Kohan, *Y sin embargo, el amor. Elogio de lo incierto*, Paidós, Buenos Aires, 2020.



Sara Ahmed explica que estamos inundados de discursos sobre la felicidad, es decir: está muy sobreentendido que todos queremos ser felices. Pero tal vez debiéramos introducir en ese mismo enunciado su interrogación. Realmente... ¿todos queremos ser felices? Está la idea de que ningún otro propósito de vida goza de tan alto consenso. No obstante, Ahmed señala que la felicidad es el consenso. Pareciera que nos piden que seamos felices sí o sí. Pero la felicidad es también y, a veces, sobre todo: un anhelo, un propósito, un deseo. Como ocurre con el goce erótico, en la ciudad de Cloe, todo ocurre como una acción por venir. Y esa acción por venir se presenta como una suerte de técnica para una vida sentimental del futuro.

Ahora bien, nos interesa la explicación de Sara Ahmed³ quien se pregunta, además, cómo y por qué los discursos de la felicidad, el entusiasmo, la voluntad, la superación y la positividad se han convertido en mecanismos disciplinadores, en técnicas de gobernabilidad espiritual que

3. Sara Ahmed, *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*, Caja Negra, Buenos Aires, 2022.

sostienen modos de organización basados en la desigualdad y la explotación. Así como Alexandra Kohan nos advierte sobre el imaginario higienista y su limpieza, y purificación de lo sentimental, Ahmed señala que la idea de la felicidad dicta la organización del mundo.

Los estudios feministas, negros y *queer* se ocuparon también de mostrar que la felicidad se usa para justificar la opresión. Es por esto que existen un montón de importantes discursos de crítica feminista del “ama de casa feliz”, de crítica negra del mito del “esclavo feliz” y de crítica *queer* de la “heterosexualidad feliz”. Simone de Beauvoir señala con acierto que el deseo de felicidad se traduce en una forma política concreta, una política de la ilusión, una política que exige a los demás vivir conforme a ese deseo. No sabemos lo que es la felicidad pero siempre es fácil declarar feliz una situación que se quiere imponer.⁴ Creo que estamos ante un cambio de paradigma y que las formas del amor se modifican, se transforman, se licúan o se deconstruyen. Tal vez se trate de una nueva erótica donde los cuerpos no cedan a la tentación de la posesión y no se entreguen a la lógica de ser poseídos.

IV

Los tonos del futuro se imprimen en los usos del lenguaje. “La era E” es una idea que se me ocurre porque creo que esta letra emblema en las discursividades inclusivas, trae un sonido nuevo, y como todo lo nuevo es extraño... incierto...problemático y al mismo tiempo revelador. Juego con la idea de que la era que se viene es “la era E”: la era en que usamos la “e” para relacionarnos, la era de la diversidad amorosa... ¿nos amaremos de otra manera?

Ya sabemos que en el futuro nos esperan nuevas formas de familia, un amor distinto por los animales, una forma de relacionarnos con los mayores desde otra sentimentalidad menos ortodoxa. Más todos esos futuros, muchos de los cuales ya han comenzado, proyectan una imagen políticamente correcta que nos vuelve a la obligación de “ser felices”.

Volvamos al relato de Cloe; “Una vibración lujuriosa mueve continuamente a Cloe, la más casta de las ciudades. Si hombres y mujeres comenzaran a vivir sus efímeros sueños, cada fantasma se convertiría en una persona con quien comenzar una historia de persecuciones, de simulaciones, de malentendidos, de choques, de opresiones, y el carrusel de las fantasías se detendría”. El juego ficcional de Calvino pone en escena un futuro no muy promisorio, del que siempre, en el presente, estamos a salvo.

Siempre, hoy, ese futuro que nos espera en el amor y los sentimientos, puede ser otro. ■

4. Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, Madrid, Cátedra, 2005.